Un poeta en la encrucijada. Últimos días de guerra en la vida y en la obra de Miguel Hernández

José Luis Ferris
Escritor. Biógrafo de Miguel Hernández. Universidad de Alicante

Corrían los últimos días de una guerra que se había alargado cerca de tres años y que se había cobrado un millón de muertos. El poeta Miguel Hernández pasó la Navidad de 1938 y las primeras semanas de enero de 1939 junto a su esposa. No quiso perderse esta vez la experiencia de ver nacer al nuevo hijo. El día 4 de ese mes Manuel Miguel venía al mundo en aquella casa de Cox que el poeta había caldeado con lumbre. Afuera, en el país y en las calles, tras la caída de Cataluña en manos del ejército franquista, se respiraba el descalabro republicano y el final de la contienda civil. Aún quedaban, sin embargo, tres meses de infructuosa resistencia hasta que Madrid fue materialmente tomada por las tropas de Franco.

"No durará mucho esta guerra"

A Miguel le quedaba todavía por asumir el amargo trago de saberse vencido y aceptar el incierto futuro que se le avecinaba de confirmarse la derrota. En febrero se encuentra en Valencia, donde ya se está imprimiendo su libro *El hombre acecha*, que va a ser finalmente editado por la Subsecretaría de Propaganda, en concreto por la Sección de Publicaciones del Comisariado del Cuartel General del Grupo de Ejércitos. En los mismos talleres de la Tipografía Moderna había ultimado las correcciones mientras seguía pendiente de las órdenes de Vittorio Vidali, conocido en aquellos años como *Comandante Carlos* (el italiano tuvo un papel decisivo en la guerra de España, encargándose de organizar la respuesta comunista contra el bando sublevado desde su cargo de comisario político y pieza clave de la *Troika* del Komintern), y de los dirigentes del Partido Comunista. En cierto modo, el destino de ellos corría paralelo al suyo y cualquier decisión, cualquier movimiento de resistencia o contraofensiva le afectaba de igual modo. Desde Valencia escribe el 18 de febrero a Josefina y le informa de la situación: «No te preocupes por mí, que dentro de poco tiempo me tienes a tu lado y al de nuestro Manolillo. Creo que no durará mucho la guerra, y está dentro de lo posible que cuando vaya será para vivir en paz y siempre con vosotros [...]. Creo que iré a Madrid un día de esta semana que viene. Desde allí te mandaré noticias [...]. Dime siempre que Manolillo sigue engordando, llorando y pataleando, que ésa es la mejor señal de que crece bueno.» El 24 de febrero

de 1939 se halla en Madrid. Su primera visita ha sido al domicilio de Vicente Aleixandre, destacado poeta del grupo del 27 y uno de los amigos esenciales de Miguel que siempre le acogió como a un hermano. Hernández le cuenta cosas de su hijo y comenta con él las últimas noticias sobre la posible conclusión de la guerra. Hablan de Antonio Machado, al que habían enterrado el día anterior en el pueblecito francés de Collioure tras un penoso viaje de exilio y una estancia de apenas tres semanas marcadas por la enfermedad y el abatimiento. Saben que el país vecino está lleno de refugiados españoles que han ido saliendo masivamente desde la pérdida de Cataluña, pero también que el ejército republicano cuenta todavía con un contingente de 800.000 hombres y un territorio que abarca la tercera parte de España. El desconcierto es absoluto y a Miguel le quedan algunos acontecimientos por vivir antes de que la guerra se dé por terminada.

"Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta"

El 25 de febrero, en medio de la caótica calma, Hernández acude como testigo a la boda de Antonio Aparicio, poeta también y compañero hasta el final de la contienda, que se celebra en un juzgado de Madrid. Al día siguiente escribe a Josefina: «¿Y mi Manolillo, qué hace? Comer, cagar, llorar y reír como un hombre, ¿no? Escríbeme a Marqués del Duero, 7, si llega enseguida esta carta a tus manos, y dime el peso que ha ganado [...]. Me acuerdo mucho de mi niño y mi niña y espero veros pronto y con salud. Me dice Vicente que te dé grandes recuerdos suyos, y Aparicio también». En efecto, Miguel se ha pasado esos días por la sede madrileña de la Alianza de Intelectuales y ha tratado de informarse a fondo sobre la situación en que se hallan sus compañeros y él. Lejos de lo que pudiera pasar por su imaginación, lo que encuentra a su llegada al palacio de los marqueses de Heredia-Spínola (edificio incautado por las autoridades de la República para la citada Alianza y que se había convertido, desde los primeros días de conflicto bélico, en refugio y lugar de operaciones de la intelectualidad republicana) no es otra cosa que los preparativos de una fiesta que sus amigos comunistas han organizado en homenaje a la mujer antifascista. Mucho era lo que el poeta de Orihuela había callado durante esos tres años de guerra, durante aquellas noches en que llegaba abatido

del frente, agotado de tanto espectáculo sangriento, y trataba de dormir algunas horas con la música de fondo de aquellos bailes de disfraces y aquellas «travesuras y algazaras» con las que sus compañeros libraban su batalla contra la muerte. No cabía duda de que la labor desempeñada desde aquel refugio tenía un estimable valor. Habían editado la revista *El Mono Azul*, convocado el II Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y ofrecido recitales y conferencias en los frentes. La escritora María Teresa León, particularmente, había puesto toda su imaginación en la compañía dramática las *Guerrillas del Teatro* y, sobre todo, llegó a cumplir con admirable empeño la misión encomendada por Josep Renau de salvar parte del tesoro artístico español (obras del Museo del Prado, de El Escorial y de Illescas) desde la Junta de Incautación dependiente de la Dirección General de Bellas Artes. Pese a todo, las comentadas diferencias tenían que aflorar por algún lado y, en aquella ocasión, la fiesta a la mujer antifascista fue un motivo suficiente para que Miguel no siguiera silenciando las evidentes desavenencias entre el poeta del pueblo y los intelectuales de «mono planchado y pistolas de juguete», según palabras de Juan Ramón Jiménez, quien en su libro *Guerra en España* no se anduvo con tibiezas al escribir, años después, que «los poetas no tenían convencimiento de lo que decían. Eran señoritos, imitadores de guerrilleros, y paseaban sus rifles y sus pistolas de juguete por Madrid, vestidos con monos azules muy planchados. El único poeta, joven entonces, que peleó y escribió en el campo y en la cárcel, fue Miguel Hernández...». El suceso que ahora recordamos se ajusta a una de las múltiples versiones que Rafael Alberti contó en su momento a interlocutores y amigos y que nos ha sido relatado a su vez por Luis García Montero. Hernández irrumpió en el edificio de la Alianza y, tras descubrir el ambiente festivo que se respiraba en aquellos salones, los preparativos, los manteles, el supuesto lujo, y los alimentos dispuestos en las mesas, no pudo ocultar su indignación ante aquel derroche y aquel alarde de resabio burgués mientras él y otros combatientes seguían jugándose el tipo en las trincheras. No había, además, en aquel palacio mujer antifascista que se pareciera a las campesinas que había visto en los pueblos y en los frentes luchando como hombres, ninguna que le recordara a Rosario Sánchez, la *Dinamitera*, ni tan siquiera a esas madres, hermanas o esposas que enterraban a diario a hijos, hermanos y compañeros. Miguel se dirigió entonces visiblemente irritado a

Rafael Alberti con Antonio Aparicio como testigo y le espetó con la frase: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta.» El autor de *Sobre los ángeles* le respondió en términos algo menos explícitos, instándole a repetir esas palabras en voz alta y delante de los otros compañeros de la Alianza de Intelectuales. Ante el reto, el poeta oriolano se dirigió entonces hacia una pizarra que colgaba de una de las paredes de aquella dependencia y reprodujo la frase con amplios caracteres. Antes de que Miguel abandonara definitivamente el recinto, María Teresa León vio y leyó con sus propios ojos el insulto, se sintió directamente aludida, pues ella se había encargado personalmente de organizar aquella fiesta, y se fue en busca de Miguel. La respuesta de la autora de *Memoria de la melancolía* fue una enérgica bofetada que, al parecer, hizo caer al poeta. Ni que decir tiene que, desde aquel momento, Alberti y Hernández rompieron la amistad y no volvieron a dirigirse la palabra hasta que, unos días después, forzados por las circunstancias, se encontraron de nuevo en Madrid, poco antes de la salida de varios líderes comunistas hacia la población alicantina de Elda.

Relatar este desagradable episodio —que apenas ocupa un breve espacio en el libro de memorias de María Teresa León— no tiene más sentido que recoger en estas páginas un hecho cuanto menos simbólico de esas dos posturas que protagonizaron los intelectuales republicanos en los tres años de conflicto.

«Sálvese quien pueda»

Las semanas siguientes y antes de aquel 28 de marzo en el que, con la toma de Madrid, se daba por concluida la guerra civil española, estuvieron marcadas por el desconcierto y por la consigna del «sálvese quien pueda». Miguel permaneció en la capital hasta el 9 de ese mes. La muerte de Antonio Machado a últimos de febrero en el exilio francés parecía la señal de que todo estaba perdido. Pero lo que Hernández no podía imaginar eran las luchas internas y las depuraciones que esos días finales se iban a producir dentro de las propias fuerzas republicanas.

Miguel fue testigo de la desbandada y del caos que imperaba a su alrededor. Más que defender ya lo indefendible, lo que ocupaba

el pensamiento de cualquier intelectual o soldado era asegurar la propia vida y buscar soluciones tan inmediatas como el exilio o el asilo político en alguna embajada. El consejo que recaba esos días de Vicente Aleixandre y de José María de Cossío (bajo cuya orden y protección, Miguel había disfrutado del único empleo remunerado que tuvo en sus años madrileños: la elaboración del último tomo de la monumental enciclopedia *Los Toros*) es que abandone España cuanto antes, ya que su nombre, por la relevancia que había adquirido durante la contienda, sería de los primeros en aparecer en la lista de represaliados. Por mediación de Antonio Aparicio y de Juvencio Valle, se anima a visitar a un viejo conocido, Carlos Morla Lynch, encargado de negocios en la Embajada de Chile en Madrid y personaje imprescindible en los cenáculos literarios del Madrid de los años 30. Aparicio ya se había adelantado a solicitar asilo diplomático en esta sede de la calle del Prado, así como Antonio Hermosilla, director de *El Liberal*, Antonio de Lezama, redactor del mismo diario, o el escritor Pablo de la Fuente. El problema que se planteaba entonces, y del que Miguel fue consciente desde el primer momento, era la falta de garantías que podía ofrecer en aquellos momentos la Embajada chilena. Partimos del dato de que el Gobierno de Chile no estaba dispuesto a crearse problemas con el nuevo régimen político español y mucho menos por causa del asilo diplomático. Ello provocaría medidas muy restrictivas del Ministerio chileno de Relaciones Exteriores, reduciendo a lo meramente imprescindible el número de personas que pudieran ser acogidas en la sede de su Embajada. Pero había otro argumento que Morla repetía esos días de modo incansable a cuantos solicitaban asilo en sus dependencias: «Si el Gobierno de Chile, a la caída de Madrid —que aún no se había producido—, no reconocía inmediatamente al Gobierno de los vencedores, el asilo otorgado resultaría nulo, aún más, constituiría un mayor peligro». Este hecho no llegó a producirse hasta el 20 de abril de 1939, fecha en que Enrique Fajardo, el nuevo encargado de Negocios de Chile ante el Gobierno franquista, remite un listado con sólo diecisiete personas acogidas al Ministerio de Relaciones Exteriores de su país. Pero en el momento en el que Hernández comparece ante Morla la incertidumbre es total. Para el diplomático, aceptar a Miguel en su lista de refugiados era una grave responsabilidad, esencialmente por la destacada envergadura política que el oriolano había adquirido a través de sus escritos y de su activa participación

en la contienda, y ésta quizá sea la razón de que, en un primer momento, no derrochara demasiados esfuerzos para convencer a Hernández de que se acogiese a su beneficio. Por otra parte, Carlos Morla había recibido de Alberti una lista de recomendados, compañeros de la Alianza de Intelectuales, en la que no aparecía el nombre de Miguel, aunque sí el de su secretario, Joaquín Miñana, y el de Antonio Aparicio.

El poeta en la estacada

El autor de *Viento del pueblo* abandonó la Embajada con las mismas dudas con las que había entrado minutos antes. Su idea era salir del país con Josefina y el niño, marchar a Chile y emprender una nueva vida contando con el apoyo y la amistad de Pablo Neruda. Pero Morla no le garantizaba nada de eso. El asilo diplomático sólo afectaba a las personas que corrieran auténtico peligro y, en el caso de ser aceptadas, deberían permanecer en aquel edificio hasta que fuera posible su expatriación, un nuevo factor a tener en cuenta, puesto que las autoridades republicanas negaban en aquellos momentos el pasaporte a los hombres en edad militar que, como Miguel, se hallaban todavía movilizados. Con aquellas vacilaciones, el poeta se encaminó de nuevo a la sede de la Alianza, donde se volvió a encontrar con Alberti y María Teresa León, que andaban ya enzarzados en los preparativos de su salida de Madrid. Corrían los últimos días de febrero y cualquier decisión tomada a tiempo podía significar la salvación o la condena. Según relata la esposa de Alberti en *Memoria de la melancolía*, el matrimonio acababa de rechazar precisamente la ayuda de Morla por considerarla una limosna inaceptable. Pero lo que nos interesa es la conversación que mantuvieron con el poeta oriolano. Según las confesiones de María Teresa, «Miguel Hernández apenas contestó a nuestro abrazo cuando nos separamos en Madrid. Le habíamos llamado para explicarle nuestra conversación con Carlos Morla [...]. Miguel se ensombreció al oírlo, acentuó su cara cerrada y respondió: "Yo no me refugiaré jamás en una Embajada. Me vuelvo al frente [...]. ¿Y vosotros?", nos preguntó. Nosotros tampoco nos exiliaremos. Nos vamos a Elda con Hidalgo de Cisneros. Miguel dio un portazo y desapareció». El texto no tiene desperdicio y aporta algunas claves que pudieran haber cambiado el destino de Hernández. En

primer lugar, el poeta no acudió a la llamada del matrimonio Alberti-León, fue él quien decidió acercarse a la sede de la Alianza para informarse antes de tomar una decisión sobre su vida. Por otra parte, nunca pudo decir «me vuelvo al frente» cuando ya no había línea de fuego a la que ir y cuando la frase más repetida por otros testimonios —Cossío, Aleixandre, Morla, el mismo Alberti— es otra bien distinta: «Me voy a Cox con mi mujer y mi hijo.» Por último —y he aquí lo relevante del asunto—, Miguel, que había entrado en el Partido Comunista de la mano de María Teresa y Rafael, que había estado unido a los altos mandos del ejército republicano, que había sido un poeta-soldado al lado de la *Troika* del Komintern en España —Togliatti, Feodorov, Stepanov, Vittorio Vidali—, no fue tenido en cuenta por ninguno de sus camaradas; no era ni siquiera invitado a salir con ellos hacia Elda, un pueblo alicantino situado a pocos kilómetros de Orihuela y de Cox, y era abandonado a su suerte para que se refugiara en una Embajada que no ofrecía demasiada seguridad y que para ellos no era otra cosa que limosna o inadmisible gesto de piedad.

Alberti y su compañera, en efecto, salieron en un coche rumbo a Elda donde Juan Negrín había reunido a su Gobierno en la llamada «posición Yuste». Como cuenta María Teresa, fue el general Hidalgo de Cisneros, comunista, quien les informó de la necesidad de abandonar Madrid y les facilitó los medios para viajar a posiciones más seguras y estratégicas. Cisneros conocía mejor que nadie la situación que se avecinaba. En Elda sólo cabía esperar a que el frente republicano se fragmentara del todo. Allí se encontrarían Alberti y María Teresa León con un buen número de dirigentes comunistas (el doctor Negrín, Dolores Ibárruri, Irene Falcón, Pedro Checa, Tagüeña, Palmiro Togliatti, Fernández Ossorio, Manuel Delicado...) y con militares, ministros y subsecretarios también comunistas como Vicente Uribe, José Moix, Antonio Cordón, Álvarez del Vayo, Modesto, Líster o Jesús Hernández. La situación era tensa, aunque el historiador Hugh Thomas comente que La Pasionaria, Líster y Modesto se encontraran «en una espléndida casa de campo arreglada como hotel por el poeta Alberti y su mujer, María Teresa León. Reinaba la indecisión —continúa—, en un ambiente curiosamente irreal. Se sirvieron excelentes comidas. Los miembros del Comité Central y los comisarios se paseaban como huéspedes de fin de semana en una casa de

campo, sin saber a qué dedicarse. Alberti caminaba tristemente bajo los árboles». El final ya es conocido. El coronel Casado se sublevó el día 5 de marzo. Negrín se puso en contacto con los jefes militares de los diferentes frentes para hacer fracasar el golpe casadista; hizo incluso gestiones para llegar a un acuerdo entre el Gobierno y la Junta con el fin de evitar una absurda lucha fratricida entre republicanos. Pero Casado, como única respuesta a los desesperados mensajes del doctor Negrín, ordenó su detención inmediata y la de todos los miembros del buró político del PC. Para entonces, como relata Irene Falcón, «Hidalgo de Cisneros ya tenía los aviones listos en el aeródromo militar de Monóvar (posición Dakar), desde el que avisaban que si los aparatos permanecían allí más tiempo caerían en manos de los sublevados casadistas». Se trataba de dos Douglas y un Dragón. En el primero de ellos salió Pasionaria con Stepanov, Jesús Monzón y el diputado francés Jean Catalá. A continuación despegó un segundo avión pilotado por el propio Hidalgo de Cisneros donde viajaba el doctor Negrín y parte de su Gobierno. Hacia las cuatro de la madrugada del día 7 de marzo, Alberti y María Teresa despegaban a bordo de un Dragón en compañía de Núñez Mazas, ministro del Aire, y de Antonio Cordón, titular de Guerra, camino de Orán.

Vuelta a su tierra

En el amanecer de ese día, Miguel Hernández deambulaba por Madrid tras tomar la decisión de no refugiarse en la Embajada de Chile. Tal y como le había manifestado a Aleixandre, él no era hombre para encerrarse entre cuatro paredes y mucho menos con las escasas garantías que Morla le había dado al respecto. Hernández ignoraba que esas cuatro paredes, los muros y las rejas le estaban esperando con su humedad de pozo a la vuelta de unas semanas.

Miguel pasa sus últimos días en Madrid en compañía del escultor Víctor González Gil, en una imprenta casi en ruinas situada en la calle Garcilaso, 10. Acudir a la sede de la Alianza, tras la sublevación de Casado, equivalía a entrar en una insalvable ratonera. Carlos Morla, que habría tenido noticias de Neruda por aquellas fechas, trata de dar con el poeta oriolano para que acepte su ofrecimiento

de asilarse en su Embajada, pero Hernández le contesta a través de Juvencio Valle que «no se albergará en ningún sitio». El día 9 de marzo, una vez tomada la decisión de regresar a Cox, con su familia, se reúne con Cossío y éste le acompaña hasta la salida de Madrid. Cerca ya de la carretera de Valencia fueron abordados por un grupo de milicianos que les condujeron hasta el Hotel Lineal para proceder a su identificación. Miguel, que guardaba todavía su salvoconducto del Comisariado General de Guerra, pudo defender la situación y responder de su jefe en Espasa-Calpe, que se hallaba pálido y desencajado —no olvidemos la filiación falangista de Cossío y, sin embargo, la firmeza con la que posteriormente actuó para salvar a Hernández de una condena a muerte—. Cuando poco tiempo después, Morla hacía su último intento de convencer a Hernández a través de Antonio Aparicio para que se beneficiara del asilo diplomático, el poeta se hallaba cerca de Orihuela después de cinco días de viaje a pie, en carro a veces.

El 14 de marzo Miguel se encuentra en Cox, desde donde escribe a Cossío tras haber comentado con su esposa lo que pudiera resultar más conveniente en aquellas circunstancias. Al parecer, el director de la enciclopedia *Los toros* le había prometido hablar con alguien influyente para solucionar la salida del poeta y de su familia: «No deje de hacer las gestiones cuanto antes si puede. He recordado nuestra última conversación. Recuerdos y abrazos para todos los amigos. Y para usted el de siempre.» La carta iba firmada con el nombre de Manuel, sin duda para que no fuera interceptada por nadie. Hernández debía sentirse en aquellos momentos doblemente acosado; por un lado estaba la amenaza de las tropas franquistas y, por otro, su condición de comunista lo convertía en blanco de los hombres de Casado. «Estaba en la más negra miseria —comenta Ramón Pérez Álvarez—. Me solicitó que le procurase un pasaporte. Como yo estaba haciendo las gestiones para obtenerlo, dupliqué las mismas y organicé posteriormente un viaje a Alicante, donde estuvimos con José Juan, secretario de la Junta de Obras del Puerto, miembro del Ateneo y de la Alianza de Intelectuales, y con Juan Guerrero Ruiz, secretario del Ayuntamiento de Alicante entonces y desde hacía varios años [...]. Hicimos un segundo viaje el día 28 de marzo.» Las dificultades, sin embargo, que ambos tenían que salvar venían determinadas por el contratiempo de hallarse en edad militar y en situación todavía de movilizados.

Malos consejeros

Miguel visitó en Orihuela a don José Martínez Arenas. «Me asusté al verle —afirma el abogado y viejo mentor del poeta— y temí por su libertad y por su vida. Me pidió consejo y le hice saber que don Luis Almarcha había llegado aquellos días desde la zona nacional. Le aconsejé que fuera a verlo y le pidiera amparo.» Pero poco amparo podía darle quien sólo medía la virtud y la honestidad de los hombres por su grado de religiosidad, quien consideraba sólo nobles y honrados a aquéllos que profesaban la fe católica. De un modo u otro, si nos atenemos al testimonio del que fuera Obispo de León, tendríamos que aceptar como cierto que el poeta fue a verlo esos días y que le confesó abiertamente su religiosidad; hecho que, con todos los respetos hacia la memoria del canónigo, ponemos seriamente en duda por respeto también a la gran coherencia de Hernández: «La guerra y los días turbulentos que le precedieron —relata don Luis— cortaron nuestra comunicación. Cuando regresé a Orihuela, terminada la guerra, me visitó en un atardecer, como en tantos atardeceres de antaño. Me dijo textualmente: "Don Luis, nos ha podido separar la política, pero la religión no." Fue breve la entrevista, pero sincera y cordial.»

Nada, que sepamos, hizo Almarcha por amparar al poeta. Fue a mediados de abril cuando Miguel decidió buscar refugio en un lugar más seguro donde pudiera hallar la protección de algún amigo que simpatizara con el nuevo régimen —ya se había reconocido el Gobierno de Burgos— y, posteriormente, encontrarse con Josefina y el niño. Así se lo comunica a Cossío el 19 de abril desde Cox: «Estamos todos bien por ahora. Yo salgo para Sevilla seguramente, y pronto. Allí espero ver a Guillén y a otros amigos y espero hallar una buena acogida entre ellos [...]. Deseo verle pronto, y si va por Sevilla, allí nos encontraremos.» Según lo previsto, Miguel pensaba buscar la protección de Jorge Guillén en Sevilla, pero su mala información al respecto le llevó a cambiar de planes pocos días después.

La huida hacia ningún lugar

El 20 de abril sale de Alicante con rumbo incierto. Su hermano Vicente le ha proporcionado doscientas pesetas para tan aventurado viaje. Lleva un salvoconducto de la Comandancia Militar de Orihuela —ignoramos quién se lo pudo facilitar— y otro expedido por el CRIM (Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización número 10 de Alcoy) que su cuñado Ismael Terrés, esposo de Encarnación, le ha podido gestionar. Así, con una caja de cartón como único equipaje en la que guarda algo de ropa, el traje azul oscuro que estrenó en su viaje a la Unión Soviética y un par de libros, sale de Orihuela. Apenas le consuela el comentario que el jefe del Gobierno inglés había hecho semanas atrás en el Parlamento británico, asegurando que el general Franco llegó a prometer a su embajador en España que sólo serían castigados los delitos de carácter común y aplicados los códigos vigentes antes de la guerra. Fue el poeta falangista Eduardo Llosent Marañón, viejo compañero en las Misiones Pedagógicas, director a la sazón de la revista *Mediodía* de Sevilla y, en aquellos momentos, flamante director del Museo de Arte Moderno de Madrid, quien le proporcionó una carta de recomendación para que la presente en Sevilla a Joaquín Romero Murube, alcaide entonces del Alcázar hispalense. Con él se entrevista la mañana del 24 de abril en el recinto de la fortaleza sevillana. Todos piensan que es un riesgo encubrir a Miguel o que éste permanezca en lugar tan poco seguro como la propia capital andaluza. Lo que no imaginaba Hernández es que el general Franco se encontraba esos días de visita oficial por Andalucía. Desde el 21 de abril se hallaba hospedado en el palacio de Yanduri, en la Puerta de Jerez. La mañana del 24, según testimonio del propio Romero Murube y de Manuel Barrios, estando Miguel Hernández en los jardines del Alcázar, entró en el recinto el mismo Caudillo. Joaquín Romero, como responsable del palacio, se separó discretamente del poeta y fue a presentar sus respetos al general. Una vez cumplido el protocolo, Franco continuó la visita custodiado por su séquito y Romero Murube volvió a la compañía de Hernández. El poeta, alarmado por el peligro que acababa de correr, decidió marcharse de Sevilla, no sin antes decirle al alcaide algo así como: «Joaquín, creía que Franco era una persona de gran porte, físicamente, y me lo encuentro bajito y pocacosa».

Miguel continuó su huida hacia Cádiz, en busca de Pedro Pérez Clotet, director de la revista *Isla* y antiguo conocido del poeta, pero éste no respondió a su llamada, bien, como señalan algunos testimonios, porque se encontraba esos días en Ronda, bien, como sugieren otros, porque se ocultó del poeta oriolano en su propia casa. Ante el nuevo contratiempo, Hernández decide huir hacia la frontera portuguesa. Desde Huelva, el 29 de abril escribe a Josefina. Como siempre, no quiere transmitirle la pesadumbre que soporta ni las penalidades que está pasando por los campos y caminos que ha de cruzar. Le sigue hablando en clave y se llama a sí mismo Cuqui —como familiarmente llamaba a su hijo— para que la tarjeta postal que le envía con la imagen de Franco, de ser interceptada, no ofreciera demasiados datos sobre su itinerario: «Querida Josefina: seguramente no vuelvo a Sevilla por ahora. Te llamaré desde donde me encuentre, que será donde halle mejor puesto. Ponte fuerte y valiente para el viaje, que lo puedas resistir. Me acuerdo mucho de mi Manolillo. He escrito a Lisboa, y allí recibirá noticias tuyas nuestro amigo Cuqui.»

La trágica cadena del destino

El 29 de abril de 1939 Miguel cruzó a Portugal por un paso clandestino en las cercanías de Rosal de la Frontera. Era una zona por la que habían huido muchos milicianos y que los viajeros de la España franquista procuraban evitar. Alcanzó, según él mismo relata, el pueblo portugués de Santo Aleixo a las dieciséis horas del día siguiente, internándose posteriormente en Moura. El domingo 30 de abril se vio necesitado de dinero para comer y recuperar las fuerzas después de una semana atravesando tierras andaluzas y durmiendo a la intemperie. Vendió el traje oscuro y el reloj de oro que le había regalado Vicente Aleixandre, pero su aspecto, que no debía de ser nada saludable, levantó las sospechas del comprador, que acabó denunciándole a la policía salazarista. Ésta entregó al preso a las autoridades españolas de Rosal de la Frontera el 4 de mayo. No se trataba, pues, de una detención por razones políticas, sino de un capricho del destino que el ingenuo de Miguel no había previsto en ningún momento. «Una trágica cadena de circunstancias —señala Juan Cobos Wilkins—, que hace pensar en la cruel ironía del destino, engarza y cierra así su primer eslabón.

El único regalo que Hernández recibió de sus amigos poetas con motivo de su boda le fue hecho por Vicente Aleixandre: un reloj. El reloj que, por contraste con la pobreza de su vestimenta, hará sospechar que se trata de un ladrón. Los guardiñas lo entregaron a la Benemérita y recogen, a cambio, su recompensa: cinco pesetas. Y ya en Rosal, el destino vuelve a dar otra nefasta vuelta de tuerca: entre los guardias civiles destacados en la frontera se encuentra un paisano de Miguel que, inmediatamente, lo reconoce y lo señala como un activista rojo y peligroso». En efecto, el poeta defiende ante los guardias su inocencia, pero para entonces ya había sido identificado en el puesto de Rosal de la Frontera por un guardia civil de Callosa de Segura, un tal Salinas, que se ensaña con él y le acusa ante sus compañeros de haber sido un activo comunista al servicio de la República y un significado escritor revolucionario. Era, pese a la gravedad del momento, sólo el principio de un largo vía crucis carcelario que acabaría con su vida tres años después, en la última estación: el Reformatorio de Adultos de Alicante.

BIBLIOGRAFÍA

ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1958.

BRAVO MORATA, Federico, *Miguel Hernández*, Madrid, Ed. Fenicia, 1979.

CANO BALLESTA, Juan, *La imagen de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2009.

COUFFON, Claude, *Orihuela y Miguel Hernández*, Losada, Buenos Aires, 1967.

FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2010.

—, *Maruja Mallo. La gran transgresora del 27*, Madrid, Temas de Hoy, 2004.

GÓMEZ Y PATIÑO, María, *Propaganda poética en Miguel Hernández. Un análisis de su discurso periodístico y político (1936-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999.

GUERRERO ZAMORA, Juan, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*, Madrid, El Grifón, 1955.

HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra Completa, Volumen I, Poesía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.

—, *Obra Completa, Volumen II, Teatro, Prosas, Correspondencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.
HOYO, Arturo del, *Escritos sobre Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003.
DE LUIS, Leopoldo de, *Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994.
MANRESA, Josefina, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.
MARTÍN, Eutimio, *Oficio de poeta*, Madrid, El País-Aguilar, 2010.
NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Ed. Argos Vergara, 1979.
—, *Para nacer he nacido*, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.
PUCCINI, Dario, *Miguel Hernández; vida y poesía y otros estudios hernandianos*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1987.
SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992.
UMBRAL, Francisco, *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Planeta, 1996.
VV.AA., *Miguel Hernández, cincuenta años después. (Actas del I Congreso Internacional. Alicante, Elche, Orihuela, marzo de 1992)*, Alicante, Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 1993.
—, *Presente y futuro de Miguel Hernández. (Actas del II Congreso Internacional Miguel Hernández, Orihuela-Madrid, 26-30 octubre 2003)*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2004.
—, *Miguel Hernández, cien años*, revista *Canelobre*, núm. 56, invierno 2009-2010, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2010.
—, *Miguel Hernández. Una nueva visión de su creación poética y la pluralidad de sus contextos*, revista *Anthropos*, núm. 220, Barcelona, 2008.
—, *Homenaje a Miguel Hernández*, revista *Letras de Deusto*, núm. 126 (vol. 40), enero-marzo 2010, Bilbao, Universidad de Deusto, 2010.
—, *Especial Miguel Hernández*, revista *Barcarola*, núm. 76, noviembre 2010, Albacete, 2010.
ZARDOYA, Concha, *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.